

como es sabido, en *papyrus* y esto es precisamente lo que da especial interés al dato de Denderah. Más comprensible que todo esto es aquel templo sin inscripciones que se alza cerca de la gran esfinge: construído con inmensos bloques de granito de Siena y de alabastro oriental, sostenido por pilares monolíticos cuadrados, y desprovisto de adornos y de jeroglíficos, parece ser el monumento de transición de los monumentos megalíticos a la arquitectura egipcia. El rey Cheops en una inscripción del templo de Bulak dice que éste, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos y que enterrado bajo la arena del desierto había sido olvidado por las generaciones, fué casualmente descubierto durante su reinado. De la misma gran esfinge cabe suponer que es mucho más antigua que las grandes pirámides de las cuales parece ser la guardadora y es sabido que esta gigantesca estatua monolítica hubo de ser reparada ya en tiempo de Cheops.

La Biblia, al parecer, nos presenta al pueblo egipcio no como una unidad sino como una mezcla de varias tribus. ¿Fué Menes, a quien todas las inscripciones denominan fundador, el que las unió? El período del Egipto uno que la historia nos presenta ¿estuvo precedido de una época de diversidad de elementos que más tarde subsisten tan unidos? Nada seguro cabe decir sobre estos particulares, pero lo más probable es que estas dos preguntas no pueden ser contestadas afirmativamente. Aun cuando ninguna prueba directa ha llegado hasta nosotros de la actividad y de la situación de Menes, atribúyense a su sucesor la construcción de un templo y la redacción de escritos quirúrgicos. El fundamento del hecho de conceder tanta importancia a este Menes hemos de buscarlo no tanto en la historia de la civilización egipcia, que arranca de época muy anterior a este monarca, como en la historia del desenvolvimiento político quizás dentro de la tendencia que supone a Menes iniciador de un nuevo período después de otro de decadencia política, de desórdenes interiores ó de una dominación extranjera. De la segunda dinastía tenemos las pirámides de escaleras de Sakkarah y estatuas en las cuales pretenden los arqueólogos sorprender cierta «rusticidad é indecisión de estilo.» Pero después de los 253 (al parecer) y 202 años que respectivamente reinaron la primera y la segunda dinastía, se nos aparece en las cámaras sepulcrales de la tercera la vida egipcia completamente desarrollada y con todos los caracteres de una larga existencia: esta dinastía paseó triunfante la espada de Egipto hasta más allá de las fronteras del territorio del Nilo y de ella data un relieve del rey Snefru vencedor de las tribus nómadas de la Arabia Pétreá. Desde este momento empiezan a ser más frecuentes las inscripciones, pero «la escritura de los jeroglíficos se nos ofrece en los monumentos de la primera dinastía con la misma complicación que conservó hasta los últimos días de su existencia» (Lenormant). Si se tiene en cuenta que a todo esto precedió la escritura puramente jeroglífica primero y luego una transformación que amplió y perfeccionó por medio de la escritura simbólica lo que con los jeroglíficos podía decirse, preciso será admitir que hubieron de vivir muchas generaciones y transcurrir muchos siglos antes de la época en que tales monumentos se ofrecen a nuestra consideración.

Egipto alcanza ya la cumbre de su poderío arquitectónico durante la cuarta dinastía cuyo rey Cheops construyó con su pirámide la obra más colosal de cuantas jamás crearon los hombres, y cuyas construcciones gigantes se distinguen por una finura y por una exactitud en el trabajo que aun hoy en día excitan nuestra admiración. Al propio tiempo elevase en los monumentos de esta y de las si-

guientes dinastías el arte plástico al grado sumo de la perfección. Los gérmenes de vida, de libertad y de elegancia que aquí aparecen habrían, si hubiesen pasado a posteriores épocas, llevado a muy distinta altura este desenvolvimiento artístico, no siendo atrevida la afirmación de que en punto a arte la cúspide de la línea que limita la altura del desarrollo está más cerca de los antiguos que de los nuevos tiempos de aquel imperio.

Estos bellos y grandiosos monumentos presuponen un grado muy alto de cultura general; en efecto las manifestaciones del trabajo diario de los agricultores, industriales, funcionarios y guerreros, la ciencia de los sacerdotes y las hazañas de los reyes prueban que el más antiguo Egipto no era tan inferior al de posteriores tiempos como podría suponerse atendiendo los miles de años que separan al uno del otro. De las cámaras sepulcrales de la primitiva época de las pirámides irradian ante nuestros ojos cuadros de una civilización que en nada desmerece de la de siglos muy posteriores hasta el contacto con Grecia y Roma a la cual supera en algunas cosas. La religión, junto con los rudimentos de la ciencia en ella comprendidos, había llegado a su punto culminante; la mitología ostentaba verdadera exuberancia de formas, el cielo estrellado era el libro en donde se leía la división del tiempo y cada lado de las pirámides está tan exactamente orientado hacia la región celeste que desde luego se conoce cuán unidos debieron trabajar en ellas el astrónomo y el arquitecto. Todo el país estaba medido y dividido gracias a la administración en distritos perfectamente deslindados al frente de cada uno de los cuales se encontraba un presidente. El rey, que llevaba el título de «la puerta alta» (Peran, Faraón) no sólo disponía ilimitadamente de la gracia de Dios y era representante de lo celeste, sino que, además, era el hijo de la encarnación del dios del sol y en su corte figuraban consejeros secretos, chambelanes, tesoreros, jefes de ejército, del gineceo, de los trabajadores, de los graneros, de los cantores y hasta del guardarropa y de los baños. Esto no obstante, ningún abismo infranqueable se abría entre las elevadas regiones y el pueblo: gentes de muy humilde linaje alcanzaban los más altos puestos y con los hijos del rey eran educados los niños inteligentes de humildes familias. La base de la familia era el matrimonio monógamo y aun en la reinante una sola reina compartía con el monarca el trono y la tumba. La mujer era «señora de su casa;» los dibujos nos reproducen una vida de familia digna y las inscripciones nos han conservado algunos de los cariñosos epítetos con que se celebraban los encantos de la mujer casada. Los hijos llevan como primer nombre el de la madre y el del padre como segundo, la mujer hereda al marido cuando no hay hijos y hasta la corona real puede brillar en la frente de la hija de un Faraón. Los egipcios construían para los vivos casas fugaces: las de los ricos edificadas, en contraposición con las macizas construcciones de los templos, según un estilo ligero y elegante constaban de varios pisos y estaban provistas de las galerías y terrazas que aun hoy vemos en Oriente. El pueblo bajo, en cambio, habitaba en las mismas chozas de barro que actualmente se usan y los pastores se guarecían debajo de cobertizos aun más frágiles de hojarasca y de ramujos. Los magnates desplegaban naturalmente su lujo sin consideración alguna a la duración de sus terrenales viviendas: una tienda de cuero prensado y con adornos de oro es uno de los más preciosos restos de la industria egipcia que hasta nosotros han llegado. La agricultura era la base de la existencia: todos los magnates eran propietarios de tierras; el dinero era cosa desconocida y la riqueza consistía en cam-

pos, en prados, en bosques de *papyrus*, en rebaños, en frutos y en siervos. Los campos se labraban con arado y la semilla era introducida en la tierra; las cosechas eran batidas por bueyes que las pisaban en las eras; la vinicultura era una parte principal de la agricultura; la caza, la pesca y el coger pájaros eran las diversiones favoritas de los magnates. Las industrias eran de incumbencia de los siervos, los cuales, por ende, cuidaban de la carpintería, de la alfarería, de la vidriería, de la tejeduría, de la fabricación, del lavado del oro y de las labores metalúrgicas. En cada grupo de obreros se ve un administrador provisto de un largo palo que a la vez que inspector es el encargado de llevar las cuentas. En los escritorios hállanse ocupados en sus tareas numerosas huestes de gentes conocedoras de la escritura.

La preparación de los manjares presentaba una variedad extraordinaria, siendo numerosísimas las cocinas, cada una de ellas con su nombre especial. Este sistema de vida fué política y económicamente bastante fuerte durante mucho tiempo para traspasar las fronteras del territorio egipcio. A pesar de los vacíos que en los anales existen puede considerarse como seguro el hecho de que la explotación de las minas de cobre de las montañas de la península del Sinaí, inauguradas en tiempo de Snefrú y de Chufú, siguió floreciendo aun después de la época de los sepulcros de Beni Hassán. Del tiempo de Amenemba (24 siglos antes de J. C.) data una columna encontrada en Nubia en la que se habla de la existencia de minas de oro en esta región.

¿Hay, quizás, que buscar el origen de esta civilización en otro punto desde donde fué trasladada a Egipto? Ahondando en la esencia de la cultura egipcia se comprende claramente que ésta no puede ser concebida como fenómeno independiente. Por muy particular que sea el sello que la caracteriza en ese país aislado y dotado de tan peculiares condiciones, las ideas fundamentales coinciden con lo que encontramos en el Asia anterior y en la meridional. La posesión de la escritura, un cierto número de nociones religiosas, los rudimentos de las ciencias astronómica y matemática, un gran número de aptitudes técnicas, las formas teocráticas del gobierno, la división en castas, las formas fundamentales de la arquitectura y de la escultura, todo esto lo encontramos en el fondo de las civilizaciones mesopotámicas del Este y del Sud de Asia de la misma manera que en la cultura egipcia.

Tres grupos de hechos aun su fuerza demostrativa para hacer suponer que el origen de los egipcios ha de buscarse fuera de Africa. En primer lugar, los caracteres corporales de este pueblo escogido indican una conexión próxima con los pueblos que habitan en el Oeste de Asia y en el Sud de Europa y aun cuando no se quiera ir tan allá como algunos antiguos antropólogos que ven en ellos un miembro de la raza caucásica al cual clasifican como familia kuschita al lado de los semitas y pelagosos, preciso es reconocer que no deja de tener cierto valor el hecho de que los egipcios, en sus cuadros antiguos y modernos, se distinguieran a sí mismos de todos los demás africanos pintando a éstos de negro, de gris y de blanco ó rojo según fuesen africanos del Sud ó libios antiguos ó modernos. En segundo lugar la filología comparada no deja entrever, según parece, una conexión originaria entre los egipcios y los africanos meridionales. «El idioma egipcio — dice Brugsch — que se ha conservado así en los monumentos de los tiempos primitivos como en los posteriores manuscritos de los coptas, descendientes del pueblo de los Faraones, no ofrece la menor huella de un origen y deriva-

ción de otras ramas lingüísticas africanas. Por el contrario, las primitivas raíces y las partes integrantes de la gramática egipcia indican una conexión tan íntima con las lenguas indogermánicas y semíticas que casi es imposible desconocer las estrechas relaciones que en otro tiempo debieron mediar entre los egipcios y los pueblos indogermánicos y semíticos.» Y por último otra prueba de que el origen del pueblo egipcio está fuera de Egipto nos la ofrecen la historia y la cultura del propio pueblo que no tienen su primitivo asiento en el centro del Africa ni siquiera en las regiones interiores, por decirlo así más africanas, del país de Egipto, sino más bien en el delta del Nilo, en el bajo Egipto situado en la periferia, contiguo a la Arabia, a la Fenicia, a la Palestina, en una palabra al Oeste de Asia y al Mediterráneo, que bajo muchos conceptos es un territorio de transición del Asia al Africa. Precisamente pueden ser considerados como uno de los resultados más seguros de la investigación de la antigüedad egipcia el hecho de que los más antiguos centros de cultura de este antiquísimo país civilizado están en la punta ó bifurcación del delta, en Memfis, y la circunstancia de que a medida que descendemos por el Nilo y nos encaminamos hacia el Mediodía va desapareciendo cada vez más en los monumentos el sello de la antigüedad y se va haciendo más manifiesta aquella decadencia del estilo, de la belleza, de la habilidad que parece inseparable del alejamiento de los centros de un círculo de cultura. Y si, por último, avanzamos hasta Etiopía que los antiguos y aun algunos modernos consideran como cuna del Egipto, nos vemos precisados a confesar que todas las probabilidades están en pro de la teoría que afirma que un pueblo ó una civilización siguen en sus emigraciones una corriente descendente, y en contra de los que sostienen la dirección contraria (1), se nos presenta, según expresión de un autor perito en la materia, «la más absoluta imitación de los conocimientos egipcios en todo lo que con la ciencia y con el arte se relaciona como el punto culminante de las aptitudes intelectuales y del desenvolvimiento artístico de los etíopes» (H. Brugsch). ¿No merece también la pena de consignarse, bien que en segunda línea, el hecho de que en parajes favorecidos de Asia aparecen antiguos desenvolvimientos de cultura, aunque posteriores a los egipcios, al paso que en Africa los que más minuciosamente han buscado huellas independientes de alguna civilización sólo han podido dar con débiles accesos y aun éstos de originalidad dudosa?

Por más que planteamos la cuestión del origen de la cultura egipcia con el propósito preconcebido de resolverla en el sentido de una inmigración extranjera, no hemos de ocultar que con esto nada esencial conseguimos para la apreciación del modo de ser interno de este pueblo raro, por cuanto los egipcios desde el momento en que aparecen en la historia se vuelven tan decididamente sedentarios y de tal manera arraigan, por decirlo así, en el suelo de su territorio que a partir de aquel punto casi aparece justificada su tradición que les hace aborígenes de este país, puesto que ninguna huella queda ya de la procedencia extranjera y de la movilidad quizás nómada que es preciso suponer para admitir la idea de una inmigración en cualquier época anterior. Sobre este particular hay que tener en cuenta que por regla general las emigraciones y las inmigraciones no afectan a pueblos enteros sino simplemente

(1) Jomard en su discurso «Sobre las relaciones entre Etiopía y Egipto» (1822) dice: «Tiénesse por cosa natural hacer descender de las altas montañas a las llanuras así a las poblaciones como a sus artes, creencias y costumbres.»

á fragmentos de los mismos que al llegar á sus nuevas residencias se encuentran con antiguos indígenas con los cuales se mezclan y á los cuales imprimen su propio sello según sean su número y sus fuerzas. La consecuencia inmediata de esto es que un pueblo sedentario ya y extendido por una gran parte del Norte y del Este de Africa recibió del exterior por medio de inmigraciones parciales los gémenes ó vástagos de su civilización, de suerte que la cuestión de la procedencia quedaría resuelta en los siguientes términos: no está demostrada la procedencia extranjera de la mayor parte del pueblo egipcio. Pero también la conexión con civilizaciones asiáticas presupone inmigraciones parciales, puesto que en el caudal de la cultura es innegable que existen huellas procedentes de Asia, y como en los antiguos tiempos esos elementos de cultura sólo con el hombre pudieron emigrar, de aquí una nueva probabilidad de que en el pueblo, cuando menos, se realizara una importante mezcla de sangre asiática. Las expediciones de los egipcios á Punt, la tierra del bálsamo, de donde pretendían descender, fueron anteriores en muchos siglos á las expediciones á Ophir realizadas por Salomón. Cierta que en el reinado de la reina Makara, soberana de la décimo-octava dinastía, oímos hablar por vez primera de una expedición marítima, pero ¡cuántas hubieron de llevarse á cabo antes de que se las considerara dignas de figurar en los anales de la historia! Ya en tiempo de Cheops se trajeron de Arabia piedras para las pirámides y el granito de Assuan fué empleado en gran escala en las construcciones del antiguo imperio. Algunos rasgos de la vida espiritual demuestran también que desde muy antiguo existió íntimo trato entre Egipto y aquellos otros países. El inteligente Brugsch hace notar con razón que la tendencia del espíritu egipcio hacia el modo de ser semítico sólo puede explicarse por una larga coexistencia y por antiguas relaciones recíprocas de semitas y egipcios. «Sobre todo — dice — hay que tener en cuenta que el animado tráfico mercantil desde el Nilo al Eufrates contribuyó también á que adquirieran en Egipto carta de naturaleza muchas expresiones extranjeras con que se designaron algunos productos del suelo y de la actividad artística de extranjeros territorios.

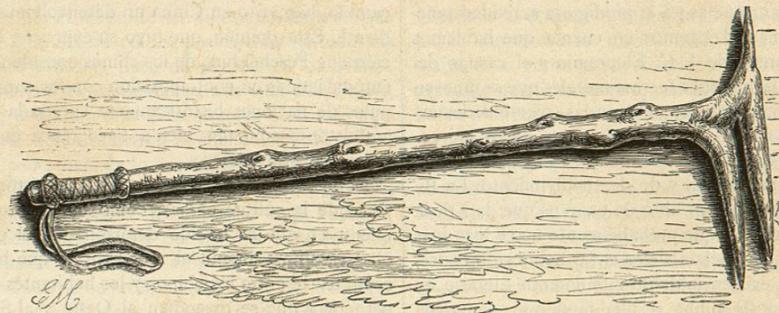
La situación culturo-geográfica de Egipto no siempre se distinguió por el aislamiento, puesto que tenía al Nordeste el poder más expansivo de aquellos tiempos, Fenicia, y al Norte y al Oeste las colonias del mismo. Ante todo es indudable que no en todas ocasiones ejercieron los pastores de las estepas de Arabia la influencia dominante que en su situación pasiva ha demostrado ejercer la Arabia meridional. Hubo un tiempo en que la fertilidad del suelo, la situación favorable á la navegación y al comercio y la mayor densidad de población pudieron ostentarse aquí más libremente. Los kahtanitas, como los genealogos árabes denominan á los árabes meridionales, tienen mucha mayor semejanza con los demás pueblos cultos antiguos de Asia, tales como los persas y los indos, y quizás la tuvieron más aún en otros tiempos con sus inmediatos vecinos los mesopotamios: poseían un culto bastante complicado, monumentos religiosos en imágenes y escrituras, instituciones políticas y florecientes ciudades; las inscripciones nos muestran una porción de elevados títulos de príncipes y caudillos y casi podemos afirmar que existía entre ellos una especie de nobleza. En un pueblo que tan minuciosamente clasificaba las categorías superiores, cabe suponer una clasificación marcada en más bajas esferas y aun aceptar como muy probable que la posición excepcional de algunas fracciones del pueblo, á modo de castas, en la Arabia meridional es de una antigüedad poco menos que origina-

ria. Maltzán ha hecho notar hace ya algunos años con mucha razón que merece llamar la atención de los etnógrafos la circunstancia de que hasta en el Sud de Arabia aparecen los restos de un sistema de castas en la clase de los *schumres* que todavía existe y que se compone de la hez del pueblo. Conocida es la gran importancia que en el comercio universal tuvo la Arabia meridional en otro tiempo; en sus costas había establecidos depósitos mercantiles de géneros de la India y del Este de Africa, y Lieblein ha encomiado recientemente la importancia de las expediciones que á esas plazas realizaban los egipcios. También desde el punto de vista antropológico pudieron haber existido antiguamente otros elementos dominantes en el camino de Egipto y Mesopotamia á la India.

La historia de la influencia de Egipto en el exterior, de la reciprocidad de relaciones con los pueblos vecinos, aparece oscura precisamente en aquellos capítulos que más podrían interesarnos en nuestro estudio del curso de la historia universal. Hasta una época relativamente moderna no se puso el Egipto en contacto con los Estados de Mesopotamia y ya se comprenderá, dado el espíritu de aquellos tiempos, que los dibujos egipcios habían de reproducir en principal término los contactos bélicos de la conquista y de la resistencia. Los hechos más importantes que en ellos encontramos pertenecen á posteriores dinastías: así cuando se nos reproducen los doce engrandecimientos del imperio al Sud y al Norte, trátase del ensanche de las fronteras del valle del Nilo y especialmente de la colonización de Nubia. Hasta llegar á los siglos de la dominación de los hyksos no vemos á los reyes vencedores de la décimo-octava dinastía, en especial Thutmosis I y Thutmosis III, llevar las armas egipcias á Palestina y á Siria y someter al Norte y al Este de Egipto á aquellos retennus de quienes apenas tenemos otra noticia que la que los monumentos nos han transmitido. Entonces vemos á Damasco y á Berytus figurar en el número de los sojuzgados. En tiempo de Amenhotep IV las fronteras egipcias llegaban desde el país de las gallas hasta las fuentes del Eufrates. Los reyes de la décimanovena dinastía, entre los cuales ha de colocarse al semilegendario conquistador Sesostri con el nombre de Ramsés II, prosiguieron en esta senda. Sesostri, si no sometió la Media, la Bactriana y la India como exageradamente supusieron los griegos, engrandeció el Egipto en la guerra y en la paz hacia el Norte. Su matrimonio, comprobado por la historia, con la hija del príncipe cheta que en Siria le había resistido tan valerosamente puede servir de ejemplo de cómo en aquel tiempo (último tercio del siglo décimocuarto antes de J. C.) la poderosa expansión de Egipto tuvo consecuencias permanentes para el modo de ser de los egipcios. En tiempo de Ramsés-Sesostri hubo de alcanzar extraordinarias proporciones el número de prisioneros que en sus guerras hacían los egipcios en el extranjero y traían al valle del Nilo, en donde se destinaba á los más escogidos, según las inscripciones lo atestiguan, á llenar los vacíos que en la población indígena dejaban la guerra y las enfermedades. El número de éstos extranjeros en aquel entonces junto con el de los descendientes de los que anteriores guerreros habían traído á Egipto se calcula que ascendía á la tercera parte de la población egipcia, y á juzgar por las noticias de aquel entonces los prisioneros procedentes del Norte eran trasladados á los distritos meridionales y los oriundos del Sud á los septentrionales para prevenir prudentemente el peligro que consigo hubiera podido traer la contigüidad de vecinos afines de tribu. Estos hechos, cuanto más lejanos más oscuros, tienen grandísima importancia para el examen y

crítica de la composición interna del pueblo egipcio y del proceso lentamente preparado en virtud del cual se abrió ese país durante tanto tiempo concentrado en sí mismo, y son también importantes para el claro conocimiento de la descomposición que en definitiva se apoderó de ese pueblo. La misma religión con ser lo más egipcio de todo lo egipcio no fué respetada por las exigencias de la política de expansión de aquellos tiempos. En el tratado que Ramsés II firmó con el rey de los chetas se concierta una alianza entre los dioses de ambos países: «Los hombres se obligan á la vez por sus dioses.» La cohorte de dioses chetas y egipcios recompensa y conserva la vida á todo aquel que guarde y cumpla esa alianza. Ramsés Sesostri fué el último rey egipcio reformador en gran escala: después de él hubo desórdenes y confusiones y las expediciones que

al extranjero realizaron los posteriores soberanos tuvieron por objeto más bien recuperar lo perdido que hacer nuevas conquistas. Y como casi siempre fueron los poderosos pequeños príncipes y gobernadores los que con sus tentativas de rebelión contribuyeron al debilitamiento interno del imperio, inclínase uno á creer que la cohesión interior del pueblo egipcio no fué tan firme ni la comunidad de religión y cultura de eficacia tan segura como hacen suponer otros indicios. Lo que resulta como positivo es que los egipcios eran menos guerreros que la mayor parte de sus vecinos y por ende menos aficionados á las expediciones guerreras de verdadera importancia. Su material de guerra en armas, equipos, carros de combate y aparatos de asalto de toda clase ofrecía, es cierto, una riqueza y una variedad extraordinarias, pero ya en antiguos tiempos ve-



Cayado y maza de los nubios (Colección de Hagenbeck, Hamburgo)

mos á los egipcios servirse de infinidad de pueblos auxiliares. Además ese pueblo tenía profundamente arraigado el espíritu de particularismo que se manifestó por un fraccionamiento en distritos y municipios en cuanto las riendas del gobierno pasaron á manos débiles y que invadió la religión y tuvo quizás en ella su principal apoyo.

Con la idea de la perpetuación tan firmemente arraigada en el modo de ser de los egipcios se hermanó el sentimiento instintivo de la importancia de una tradición firme. De cuán bien realizaron sus propósitos es prueba el hecho de que mientras han desaparecido en ruinas las ciudades en que vivieron, se han conservado las necrópolis en que eran enterrados. Memphis, su ciudad más grande y más importante, es el testimonio más elocuente de este destino: alrededor de la antigua Memphis levántanse 80 pirámides que contemplan las ruinas de una necrópolis que abarca una extensión de 75 kilómetros; en cambio la ciudad de los vivos ha quedado destruída hasta en sus más miserables restos, sin que podamos decir gran cosa acerca del tiempo y modo en que se consumó esta ruina. La única obra escultórica de grandes proporciones que en Memphis se ha conservado es una estatua colosal de Ramsés que yace en el suelo, y eso que las estatuas debieron abundar extraordinariamente en la que durante tantos miles de años fué residencia de los Faraones tan aficionados á los monumentos. ¿Qué podría existir en la Memphis de los vivos capaz de producir la impresión que en las posteriores generaciones, hasta en las más recientes, han causado aquellas pirámides colosales de las que decía Goethe, en presencia del primer diseño de una pirámide restaurada que contempló en 1787 en Roma: «Este dibujo es la idea arquitectónica más colosal que he visto en mi vida y dudo que pueda irse más allá?» Es difícil apreciar teóricamente la importancia de estas obras arquitectónicas únicas en su cla-

se, símbolos elocuentes de la duración en el transcurso de los tiempos, que se alzan allí aisladas en el tiempo y en el espacio. Al contemplarlas, nos convencemos de que el número de siglos que de nosotros las separan es insignificante comparado con el de los que las precedieron. Desde sus cimas innumerables millares de siglos nos contemplan.

¿Consideró aquel pueblo religioso esas titánicas construcciones como acto demasiado violento de rebeldía contra los dioses? Las leyendas no están acordes sobre si las grandes pirámides se construyeron en buen acuerdo con los dioses ó en antagonismo y rebeldía contra ellos, y califican á los primeros constructores de enemigos soberbios y á los últimos de amigos y servidores de las divinidades. Pero sea de ello lo que fuere, mientras subsistan, y es seguro que subsistirán todavía muchos siglos, serán un testimonio más grandioso que ningún otro monumento de la conmemoración de los difuntos y de la creencia en otra vida y significarán, generalmente hablando, el alto respeto que merece la perpetuación de las cosas y del pasado. Sabido es que estos monumentos no se nos presentan aislados; en efecto, no sólo se agrupaban al redor de las grandes pirámides muchas pequeñas en donde se guardaban los restos de los hijos y de las hijas de los reyes, sino que en la cara oriental de aquellas aparecen aun las ruinas de los templos de Isis en los cuales se hacían sacrificios por el alma del difunto monarca. La transmisión en vida de generación en generación es el medio más natural para la propagación de las ideas, pero para asegurar estos pensamientos fundamentales imperdibles de la humanidad ¿qué mejor medio que estos monumentos grandiosos, duraderos y propios para infundir respeto? Además, es muy probable que conservaran algo más que estas ideas de las que eran símbolos; el sacerdocio hacía gala en su exacta orientación hacia las regiones celestes y en sus determina-